

TEXTOS DE LA TRADICIÓN UNÁNIME - 1

LOS MISTERIOS DE MITRA



Francisco Ariza
Iconografía: M^a Ángeles Díaz



LA MEMORIA DE CALÍOPE

INDICE

| | |
|--|----|
| LA TRADICIÓN DE MITRA | 5 |
| MITRA "SOL INVICTO" | 13 |
| EL MITREO. LA CAVERNA INICIÁTICA | 20 |
| MITRA TAURÓCTONO | 33 |
| LOS GRADOS DE LA INICIACIÓN | 39 |
| 1º Cuervo (<i>Corax</i>) | 41 |
| 2º Oculto (<i>Cryphius</i>) | 44 |
| 3º Soldado (<i>Miles</i>) | 47 |
| 4º León (<i>Leo</i>) | 49 |
| 5º Persa (<i>Perses</i>) | 56 |
| 6º Corredor del Sol (<i>Heliodromus</i>) | 59 |
| 7º Padre (<i>Pater</i>) | 63 |
| BIBLIOGRAFÍA | 67 |
| Lista de reproducción en Youtube de los 11 vídeos: <i>"Los Misterios de Mitra. Símbolos y Ritos de su Cosmogonía"</i> . | |

<https://franciscoariza.com>

<https://bibliotecahermetica.com>

© Francisco Ariza 2018

TEXTOS DE LA TRADICIÓN UNÁNIME - 1

LOS MISTERIOS DE MITRA

Símbolos y Ritos de su Cosmogonía

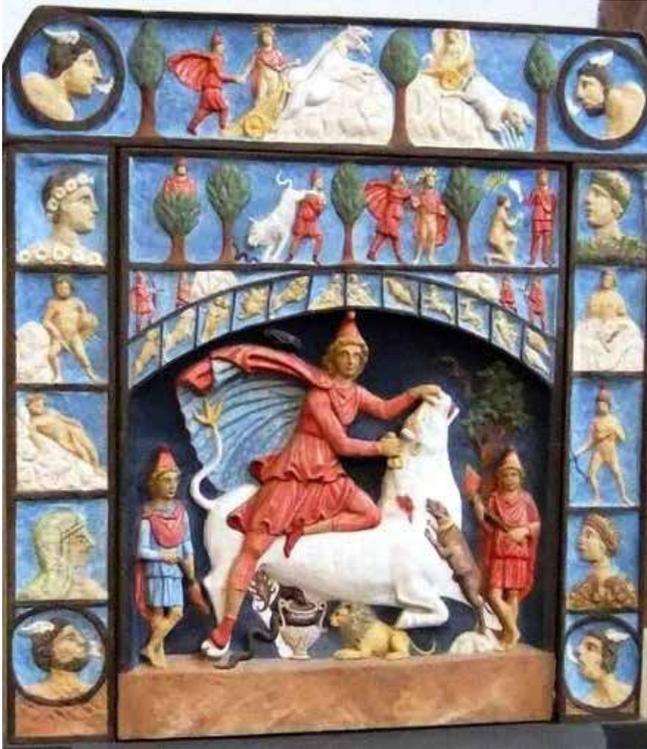


Francisco Ariza
Iconografía: M^a Ángeles Díaz



LA MEMORIA DE CALÍOPE

Septiembre 2018



Cosmogonía Mitraica.

I

LA TRADICIÓN DE MITRA

Entre las deidades venidas de Oriente que Roma, como unidad cultural, acoge en su panteón, Mitra ocupa un lugar relevante. En efecto, Mitra penetra definitivamente en Roma en el siglo I d.C. al tomar ésta contacto con aquellas culturas que, como la de los partos, eran descendientes de los persas Aqueménidas, contemporáneos de la Grecia clásica, de la Roma republicana y de la cultura helenística inaugurada por Alejandro Magno, donde brilló con fuerza la dinastía de los Seleúcidas y los Ptolomeos. Los persas Aqueménidas tuvieron monarcas tan destacados como Darío I o Ciro el Grande, fundador de esta dinastía. En su máxima expansión, el Imperio Parto ocupaba Persia, Mesopotamia y la práctica totalidad del Oriente Próximo. También ciertas regiones de Asia Menor, como Cilicia o Frigia. Es justamente en estas dos regiones donde más se celebraban los ritos en honor a Mitra y Plutarco, en sus *Vidas Paralelas*, ya nos habla de que en ellas se celebraban en secreto los misterios de Mitra. También Lactancio Plácido menciona que el culto a este dios pasó de los persas a los frigios y de estos a los romanos, cristalizando y conformando una de las corrientes sapienciales más influyentes durante todo el tiempo que duró el Imperio romano, y antes de su cristianización definitiva en el siglo IV.

El imperio Parto era fronterizo con el Romano, y esto propiciaría, más allá de sus enfrentamientos, intercambios cul-

turales muy intensos, que Roma continuaría a su vez con los herederos de los partos, los Sasánidas, la última gran manifestación del genio persa antes de la llegada del Islam. Una dinastía de soberanos partos, los Mitrídates, derivaba su nombre precisamente de Mitra, quien llegó a ser el dios protector de esos soberanos, revelando así la voluntad de estos de identificarse con la propia energía civilizadora del dios. Asimismo, esta dinastía estaba marcadamente influenciada por la cultura greco-romana, pero sin perder su vínculo con la tradición persa, por lo que no es de extrañar que fuera en provincias otrora partas, como Cilicia o Frigia, donde surgieron los Misterios de Mitra propiamente dichos.

Los partos continuaban conservando la antigua tradición persa, que tomó el nombre de mazdeísmo en torno al siglo VI a.C., e incluía la ciencia astral de los caldeos y la magia teúrgica practicada por los magos, palabra que precisamente es de origen persa, o iranio, que viene a ser lo mismo. Los magos, auténticos hierofantes, eran los encargados de encender y mantener el fuego sagrado, imagen radiante de la Divinidad. El fundador del mazdeísmo fue Zoroastro, o Zaratustra, en quien debemos ver también una entidad intelectual, como lo fue Thot para los egipcios, o Hermes Trismegisto para el Hermetismo alejandrino. El mazdeísmo se considera una adaptación de tradiciones aún más antiguas, cuya sabiduría fue recogida por el propio Zoroastro en el *Avesta*, un conjunto de textos sagrados análogos a los *Vedas* hindúes. Precisamente, en estos últimos Mitra es hijo del Sol arquetípico, y compañero de Varuna (el Cielo). De hecho, en lo que se refiere a Mitra podemos hablar de un origen indo-iranio.

Como su nombre indica el mazdeísmo deriva de Ahura-Mazda, u Ormazd, que significa “el Señor Sabiduría”, y ya los griegos hablaban de él como el círculo del cielo, identificándolo con Zeus, el Júpiter romano. El círculo, al igual que

las alas, son atributos de esta deidad, y así se la representa muchas veces: con círculos y alas que expresan su naturaleza celeste y luminosa. Ahura-Mazda es el principio creador, al que se opone constantemente Ahriman, dios tenebroso que representa la oscuridad y el caos, aunque tiene otros aspectos relacionados con el “guardián del umbral”. En la concepción cosmogónica mazdea, que no es dualista pese a lo que se cree habitualmente, Ahura-Mazda es considerado superior a Ahriman, como la luz es superior a las tinieblas y la oscuridad, a las que siempre acaba venciendo.

Ahura-Mazda y Ahriman emanan de Zervane Akerene, el “Tiempo sin Límite”, o el “Tiempo Eterno”, que está simbolizado por una entidad a lo largo de cuyo cuerpo –de la parte inferior del mismo para ser exactos– se enrosca la serpiente cósmica. Las espirales serpentinadas indican los ciclos del tiempo, nacidos y absorbidos perennemente en el “cuerpo” de Zervane Akerene. Aquello que distingue a Ahura-Mazda de Ahriman es precisamente esto: que mientras que el primero es el principio que otorga al hombre la posibilidad de liberarse de esos ciclos y de concebir el “tiempo como un retorno a nuestro origen eterno”, es decir al Principio Inmanifestado, supracósmico y supratemporal, el segundo, por el contrario, niega esa posibilidad al desconocer la naturaleza esencialmente liberadora del tiempo cuando este se vive como una imagen móvil de la Eternidad, en palabras de Platón.

Por consiguiente, es de Ahura-Mazda, el principio que crea el mundo a partir de los arquetipos universales, de donde emanan Mitra y otras divinidades celestes y solares, portadores de la luz y del fuego purificador. Son ellas las que en realidad combaten contra las potencias que propagan el caos y la oscuridad en el mundo. Por eso su “ausencia” genera las condiciones para que las energías disolventes tengan un protagonismo (como ocurre en nuestra época) que, no obstante,

será limitado en el tiempo y hasta que dichas energías hayan cumplido con la función cíclica que le tienen asignadas las Inteligencias más altas que rigen el Cosmos.

A este respecto, y vinculada con Ahura-Mazda, había otra deidad llamada Vohu-Manah, el “Buen Pensamiento”. Ella encarna el Bien en tanto que sinónimo de Perfección, y no puesto en correlación con el mal, simbolizado por Ahriman. Precisamente hay una potencia emanada de Ahriman, Angra Mainyu que significa el “Mal Pensamiento”, todo lo cual no ha de entenderse en un sentido simplemente moral, sino como aquella entidad que limita en el ser humano su capacidad de concebir los estados superiores y la posibilidad real de acceder a ellos, o sea de la identidad con los arquetipos universales, que sí permite el “Buen Pensamiento”. En relación con lo que decimos, en un ritual mazdeo el neófito se pregunta si él pertenece a Ahura-Mazda o a Ahriman, si ha nacido del cielo o de la tierra:

He venido del mundo celeste, no es en el mundo terrenal donde he comenzado a ser. He sido originalmente manifestado en el estado espiritual, mi estado original no es el estado terrenal. Pertenezco a AhuraMazda, no a Ahriman.

Son precisamente la luz y el fuego los atributos espirituales con los que se identificó Roma desde sus orígenes. El altar con el fuego sagrado permanentemente encendido en el centro del hogar romano simbolizaba la energía espiritual del antepasado fundador del linaje familiar, lo que representaron Eneas y Rómulo para el conjunto de la civilización romana: sus padres fundadores. Esta vinculación con el fuego y la luz es una de las razones principales de por qué Mitra fue un dios tan popular entre los romanos, y especialmente entre las legiones, donde se encontraba el mayor número de adeptos a sus misterios.

Las virtudes de Mitra, del “dios puro de la luz”, eran las de la propia Roma: el valor, la solidaridad, la fuerza interior, la lealtad, la fidelidad, la concordia... Por eso mismo, cuando esas virtudes comienzan a palidecer aparece Mitra con la aureola de un dios “salvador” o “restaurador” de la esencia de Roma, de su espíritu originario, de tal manera que llegó a ser denominado el “protector y sostén del Imperio”, como antes fue protector de los soberanos partos.

A través de Mitra Roma introduce aquellas ideas que se complementan perfectamente con su visión del mundo. Si se elige a Mitra como protector del imperio es porque esta deidad expresa los valores nucleares de Roma. No olvidemos que la civilización romana y la persa eran de origen indoeuropeo, y por tanto existía entre ambas una constelación de símbolos, mitos y ritos que eran similares, cuando no idénticos en algunos casos: el rito del fuego es uno de ellos. Y esto debe leerse también recíprocamente, o sea que debido a esa afinidad cultural y espiritual, el culto de Mitra, tal cual era practicado por los persas mazdeos, asimila a su vez las corrientes filosóficas, gnósticas y místicas del mundo greco-romano.

Podríamos ver a los misterios de Mitra como el logro consciente de una síntesis doctrinal llevada a cabo por los magos persas y los sabios y filósofos pitagóricos y platónicos (entre ellos Porfirio, Numenio, Cronio, etc.); una síntesis que respondía a razones de tipo cíclico y que era propia del “espíritu de la época”, signada por la voluntad de “reunir lo disperso”, un espíritu que volvería con el Renacimiento. La Tradición Hermética, nacida precisamente en Alejandría a comienzos de nuestra era, es fruto de una de esas síntesis: la egipcia y la griega, presente también en los misterios mitraicos. Estos fueron el resultado de un verdadero entendimiento entre Oriente y Occidente, más allá de las diferencias de sus civilizaciones respectivas en otros órdenes.



Ahura-Mazda en un bajorrelieve de Persépolis. Los atributos alados y circulares del dios expresan su naturaleza celeste.



Ahriman. Pueden apreciarse los animales de que se acompañan, el escorpión, la serpiente y el perro, en este caso un perro con tres cabezas semejante al cancerbero infernal. Estos animales se incorporarán más tarde a los misterios de Mitra, y son los que participan también en el sacrificio de la Tauroctonía.



Zoroastro recitando el *Avesta* ante el fuego sagrado.



Mitra-Helios (derecha) y el rey parto Antíoco I.



El altar del fuego zoroástrico. Reverso de moneda sasánida.



Minerva y Júpiter ante el altar romano del fuego perenne.



Mitra-Sol, perfecta síntesis del “dios de la luz y del fuego”.

II

“MITRA SOL INVICTO”

Por encima de sus aspectos guerreros Mitra es señalado como el “genio puro de la luz”. Mitra encarna la pureza del espíritu luminoso, la luz contenida en la luz podría decirse, y esta será la característica que lo definirá por encima de cualquier otra. Mitra y el Sol llegan a conformar una sola entidad. Así aparece en su iconografía y en la propia raíz de su nombre, *mir*, que quiere decir “sol”. Mitra también significa “lluvia”, al igual que Metatron, el “ángel de la Faz” de la Cábala, pero una lluvia que no es sino descenso vivificador de las influencias emanadas del Sol espiritual.¹ Mitra es en sí mismo ese Sol metafísico manifestándose en el

¹ Ver a este respecto *El Rey del Mundo* (cap. III), de René Guénon.

mundo del hombre, y es en este sentido que se le ha identificado también con Apolo, y con Cristo, cuya palabra es igualmente luminosa y salvífica. Ante su potencia luminosa nada puede Ahriman o cualquier otra entidad que pretenda oponerse al orden interno del mundo, del que Mitra es un protector y al mismo tiempo esa “luz dentro de la luz” que anuncia misterios aún más profundos, simbolizados en la “luz más que luminosa” que está en el núcleo más interno de las enseñanzas de Mitra, y que un neoplatónico cristiano como Dionisio Areopagita, en el siglo VI, convertiría en el eje central de su pensamiento, influido también por Proclo y su desarrollo de los misterios órficos contenidos en la filosofía de Platón. El emperador Juliano, neoplatónico e iniciado en los misterios de Mitra por el filósofo Máximo de Éfeso, se dirige a Mitra en estos términos:

Este Sol que el género humano contempla y honra desde toda la eternidad, y cuyo culto hace su felicidad, es la imagen viva, animada, razonable y bienhechora del Padre Inteligible.

Mitra es un dios invencible. No ha podido ser vencido por ninguna potencia, por ningún numen, y en la encarnación de su energía, de sus ideas-fuerza, es que se hace posible la “salida” hacia los estados superiores y metafísicos. “Sol invicto” era llamado entre los romanos: *Dies natalis Solis invicti Mitra*. Vencedor de las tinieblas era aclamado cada 25 de diciembre, día de su nacimiento y del solsticio de invierno (“la puerta de los dioses”), en el que también nace Cristo. El Cristianismo absorbe muchas ideas de la tradición mitraica, como por ejemplo la del “Sol Invicto”. Un Cristo que tiene los atributos de Apolo-Helios y de Mitra expresa, por encima de otras consideraciones “exotéricas”, esa confluencia entre Oriente y Occidente a la que antes aludíamos.

Pero al mismo tiempo esa identidad responde al carácter

solar y luminoso de todas estas entidades. La afirmación de Cristo: “Yo soy la Puerta” (Juan 10: 9), revela también la naturaleza de Mitra y Apolo, ya que esa puerta no es otra que la “puerta solar”, la “puerta de los dioses”, la que da acceso al dominio extra-cósmico y metafísico; por eso en el mismo versículo evangélico Cristo dice a continuación: “si alguno entra por mí, será salvo; y entrará y saldrá, y hallará pasto”, es decir se nutrirá del “alimento de inmortalidad”, que es la encarnación del propio Conocimiento, de la Gnosis.

Un mito vinculado al proceso de iniciación a sus misterios relata que Mitra es un dios “nacido de la piedra” (*petrogenos* Mitra). Recordemos que él nace al borde de las aguas de un río, que es la imagen del fluir incesante del “río de la vida”, el *samsara*. La piedra de la que nace Mitra es, por el contrario, la imagen de lo inmutable y un símbolo por tanto del Eje del Mundo. En las leyendas del Grial (leyendas de origen celta que se integraron en las enseñanzas del hermetismo cristiano) se habla igualmente de una roca en la que está incrustada la espada-eje que otorga la victoria sobre los enemigos internos (que a veces se “exteriorizan” en el proceso iniciático), y que solo puede ser extraída por quien encarna las virtudes heroicas y solares, como es el caso del rey Arturo en las leyendas que mencionamos. El contenido del Grial, copa semejante a la cratera gnóstica y mitraica (ver más adelante) es asimismo un símbolo de ese “alimento de inmortalidad”.

La “piedra genésica”, generadora y regeneradora, es en realidad un mito universal, y en muchas culturas esta ha simbolizado al propio firmamento, al cielo. No es de extrañar esa asociación, que está perfectamente representada en ciertos bajorrelieves donde se ve a Mitra naciendo del “interior” del círculo zodiacal, figura equivalente a aquella otra en que el dios aparece surgiendo del “huevo cósmico”, y rodeado también por el zodíaco. El “huevo cósmico” tiene el mismo significado simbólico que la caverna iniciática, y añadiría-

mos que esa misma simbólica es análoga a la del corazón.²

Como estamos viendo, en la cosmogonía de Mitra esto también es así, pero en el contexto de la realización de sus misterios, donde el arte de la transmutación alquímica está presente, la piedra genésica simboliza especialmente la “materia prima” y virginal en la que ha de convertirse el neófito tras ir superando las “pruebas iniciáticas”, y lograr su regeneración psíquica y espiritual. Ese aspecto “virginal”, sinónimo de “pureza interior”, evoca igualmente a Cristo, nacido precisamente de una “virgen”.³

Pero al nacer Mitra trae consigo no solo la espada, sino también una antorcha (encendida ya en el vientre materno, es decir en el “interior” de la *petra genitrix*), y que al igual que la espada es un símbolo claramente axial, alusivo a la rectitud y potencia iluminadora del Espíritu. Estas son las características propias de un dios civilizador e iniciador en los secretos del cosmos y del hombre; dos símbolos -el del “eje vertical” y la “luz”-, en torno a los cuales se articulan los misterios de esta deidad, amiga de los hombres, al igual que Hermes, con el que guarda tantas similitudes, entre ellas las de un dios que acompaña y hace de guía al iniciado en sus misterios iniciáticos.

² Ver a este respecto los importantes estudios que René Guénon dedicó a estos símbolos en *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*.

³ Al hilo de esto, habría que decir que existe en el Cristianismo un aspecto guerrero presente ya desde sus orígenes, como lo testimonian las palabras del propio Cristo: “No crean que he venido a traer paz a la tierra. No vine a traer paz, sino espada.” (Mateo 10, 34), declaración que ha de entenderse en clave del combate interior, espiritual. El Cristianismo de los orígenes está lejos de esa imagen edulcorada que se tiene habitualmente de él, pues constituía en sus círculos más internos una verdadera orden iniciática, con sus símbolos y sus ritos propios, como era el caso de otras corrientes gnósticas e iniciáticas de esa fecunda época de comienzos de nuestra era.

Este es un proceso que se vive por etapas, comenzando por la imprescindible inmersión en el inframundo con el fin de purificar o “rectificar” los elementos más groseros y los estados psíquicos de la individualidad, que en la alquimia se ponen en correspondencia con los “metales impuros” escondidos en el “interior” de la tierra. Será en posteriores tramos más sutiles de ese viaje y gracias a la transmutación de aquellos “metales” que el ser podrá conocer sus estados espirituales “escalando” por los distintos cielos planetarios.

En un antiguo himno iranio se dice que Mitra está siempre despierto y vigilante, observando cuidadosamente todas las cosas. Acude a la llamada de los débiles, y su poder es empleado siempre a favor del género humano. Mitra es, en efecto, el amigo y protector de los hombres, el que les infunde las virtudes heroicas: el valor, la fuerza interior, la lealtad, la fraternidad, y como deidad intermediaria entre el mundo superior y el inferior, es también (al igual que Hermes) el guía que los conduce en su ascenso hacia el origen a través de las esferas planetarias.⁴



Mitra naciendo del “útero del Cosmos”. Treves, Francia.

⁴ *Introducción a la Ciencia Sagrada. Programa Agartha*, de Federico González y colaboradores.



Mitra naciendo del “huevo cósmico” rodeado por el círculo zodiacal.



Mitra naciendo de la piedra portando los símbolos axiales de la espada y la antorcha encendida.



Mitra "Sol Invicto".



El Sol y Mitra en el ágape ritual sellando su "alianza".

III

EL MITREO LA CAVERNA INICIÁTICA

Hasta ahora hemos considerado a Mitra más bien como un dios trascendente, es decir destacando sus aspectos más altos, incluso metafísicos y supracósmicos. En esta ocasión vamos a hablar de Mitra como un dios inmanente, o sea implicado en la lucha interior del hombre por su liberación. Mitra como el guía y compañero de todo aquel que participa en sus misterios, referidos tanto a la cosmogonía como a la teogonía de un dios cuyo nacimiento y actos heroicos y civilizadores son paradigmas a imitar por los iniciados de la cofradía mitraica. Dentro de ese mismo aspecto inmanente, Mitra es un dios que se “humaniza”, en el sentido de que su nacimiento se produce en el “interior de la tierra”, en el mundo subterráneo, en la cripta, en definitiva en lo más “oculto” del templo-cosmos-hombre. La expresión platónica “el camino hacia la Inteligencia es para el alma la liberación de sus cadenas” es perfectamente aplicable al sentido último que tenían las enseñanzas impartidas en esas cofradías.

Queremos referirnos en definitiva a la simbólica de los siete grados de la iniciación mitraica, cuya transmisión y recepción se celebraba en el Mitreo, el templo de Mitra. Este evoca la “gruta” en la que nació el dios. El Mitreo es la “caverna iniciática” y un modelo simbólico del cosmos. Su techo, que generalmente tiene forma abovedada, simboliza el cielo, mientras que el suelo simboliza la tierra, que incluye

también lo infraterrestre. Entre el cielo y la tierra está el espacio donde se desarrollan los ritos de la iniciación, o sea la representación de la aventura del Conocimiento.

Han quedado pocos testimonios escritos de los ritos mitraicos, lo cual nos indica que estos se transmitían de forma básicamente oral. Por eso mismo es en su iconografía simbólica donde encontramos la “prueba visual” de las enseñanzas impartidas dentro del Mitreo, la “caverna iniciática”. El pitagórico Porfirio, conocedor de los misterios de Mitra y seguramente un iniciado en ellos, en su obra *El Antro de las Ninfas* describe a este como una gruta o cueva:

Por supuesto los antiguos consagraban, con razón, las grutas y las cuevas al universo, ya considerándolo en su conjunto ya en cada una de sus partes...

Y más adelante afirma Porfirio que los antiguos filósofos y sabios no sólo consideraban:

la gruta como un símbolo del universo sensible, sino que también la concebían como símbolo de todas las potencias invisibles, a causa de la tenebrosidad de las grutas y la arcana substancialidad de esas potencias” (...) En esto se basaron los pitagóricos y después de ellos, Platón cuando definieron el universo como gruta y cueva (...) En el libro séptimo de la *República* se lee: ‘Considera, pues, a los hombres como en subterránea gruta y mansión en forma de cueva con su entrada orientada a la luz y que se extiende a lo largo de toda la caverna (...). Esta imagen, continúa Platón en la *República*, debe relacionarse con todo lo dicho anteriormente, comparando la región que se manifiesta con la vista a la sede de la prisión, y la luz del fuego que en ella brilla al poder del sol.

El Mitreo era esa “mansión en forma de cueva”, orientada también hacia la luz, hacia Oriente. Exactamente igual que los antiguos templos cristianos, o la misma Logia masónica, incluso la basílica pitagórica de Porta Maggiore en Roma, aunque las dimensiones y ciertos elementos de su estructura se asemejan más a las basílicas y templos del románico medieval, lo cual no ha de extrañarnos pues las cofradías de constructores que levantaron estos últimos eran las herederas directas de los *Collegia Fabrorum* romanos que, como tales constructores, edificaron sin duda la basílica pitagórica de la Porta Maggiore, donde se celebraban los ritos de iniciación a los misterios órficos y dionisiacos, según las imágenes en bajorrelieve que pueden todavía apreciarse en sus paredes y bóvedas.

Los Mitreos, conforme se expandían por todo el Imperio, se iban construyendo de acuerdo a unos cánones arquitectónicos donde era palpable la influencia de los *Collegia Fabrorum*, como es el caso del Mitreo de Dura Europos, en Siria, que es uno de los más representativos al respecto. No podemos evidentemente extendernos en esta cuestión de la presencia de las agrupaciones artesanales en la construcción y decoración iconográfica de los Mitreos, pero creemos necesario destacarlo para sugerir el “clima” que se respiraba en esa época entre las distintas ramificaciones y corrientes místicas, gnósticas e iniciáticas. Quizá una investigación más a fondo nos llevaría a la conclusión de que algunas de las ideas arquitectónicas plasmadas en dichos Mitreos se trasladaron, vía los constructores medievales, a los propios templos masónicos, que si bien tienen como modelo el Templo de Salomón, existen en ellos muchos elementos simbólicos que son propios de los templos construidos por aquellos antiguos Colegios Artesanales influidos por las ideas pitagóricas, entre las cuales destacamos las que hacían referencia a los dos solsticios o “puertas zodia-

cales” de Cáncer y Capricornio, por donde se entra, o se sale, de la caverna cósmica.

En este sentido, en el Mitreo están representados en distintos lugares del mismo, y de manera destacada, toda una simbología cosmogónica: el zodíaco, los planetas, el sol y la luna, los cuatro vientos y las cuatro estaciones, los animales que asisten a la Tauroctonía, los distintos gestos civilizados de Mitra, los “pastores” ocultos en la montaña, o entre los árboles, etc., todo lo cual constituye en su conjunto una geografía y una historia simbólica y significativa que forma parte de la enseñanza de los grados iniciáticos.⁵

Significativo es asimismo el acto de Mitra lanzando sus flechas a la roca con el fin de liberar las “aguas fecundantes”,

⁵ Los pastores que asisten al nacimiento de Mitra serían entidades espirituales vinculadas con los orígenes de la humanidad, de ahí también la presencia de la montaña, una imagen de la “estabilidad” del principio. Lo mismo diríamos del árbol, otro símbolo axial y primordial como la montaña, del que también nace Mitra. Estas entidades son conocidas en otras tradiciones como aquellos “que vigilan”, o los “maestros invisibles” según una expresión del hermetismo rosa-cruz, bastante elocuente. Son las que dirigen las grandes corrientes de la Historia –del “río de la vida” y las encauzan en el cumplimiento de su Destino. No es extraño entonces que esas entidades aparezcan en el nacimiento de Mitra, generador de una tradición que tuvo la “misión” histórica de mantener dentro del Imperio los misterios iniciáticos vinculados con el espíritu originario de Roma. En el nacimiento de Cristo también aparecen unos pastores, pero la función del cristianismo con respecto a Roma será muy distinta a la de Mitra, ya que a partir del momento en que él se convierte en la religión oficial del Imperio perderá esa dimensión iniciática originaria centrándose en el mantenimiento de las estructuras políticas y sociales –exotéricas de la civilización occidental. Se ha calificado ese acto de un verdadero “sacrificio” por parte del cristianismo, y en un aspecto así fue. Pero este es un tema que no podemos tratar ahora, y remitimos a nuestro libro *El Simbolismo de la Historia. Una Perspectiva Hermética de la Tradición de Occidente*.

asociadas con la fertilidad de la Luna y por tanto con la del toro, animal cargado también de una fuerza demiúrgica en numerosas culturas. En realidad, las relaciones de Mitra con los demás dioses planetarios y mitológicos forman parte del relato de su teogonía, anterior a la creación del mundo, que en verdad comienza con la Tauroctonía, el sacrificio del toro primordial en el nombre del dios de la Luz.

En el interior del templo, que es el espacio sacralizado por el rito, se recrea el nacimiento de Mitra como un dios que ha venido al mundo para realizar su función redentora y liberadora entre el género humano, lo cual cristaliza en una enseñanza iniciática que comienza precisamente con el propio nacimiento del dios y las circunstancias que según la leyenda lo rodean: nace en la orilla de un río, cuyas aguas fluyen perennemente, simbolizando así la “corriente de las formas” o *samsara*, una “corriente” que expresa el movimiento constante de la rueda del mundo, en la que el dios encuentra su “centro inmutable” tras combatir y vencer a las potencia tenebrosas, participando así en el mantenimiento del Orden y la Armonía universal.

De signo distinto, por el contrario, es el combate de Mitra con Helios, el “Eón Llameante”, pues en este caso se trata de obtener la formidable potencia luminosa del Sol, una luminosidad “áurea”, de la que Mitra se inviste. El mazdeísmo persa habla del *hvarenô* para referirse a esa potencia del fuego espiritual que “desciende” para “coronar” a quienes han logrado la misma “gesta” heroica de Mitra venciendo al Sol y aliándose posteriormente con él para acabar conformando una sola entidad, expresión de un estado verdaderamente “central”. En este sentido, la “victoria” de Mitra sobre el Sol representa la superación del “dominio cósmico”, y es este un misterio que deberá ser vivido por el adepto mitraico, que en un momento dado de su iniciación señala de manera precisa y determinante que solo Mitra es “su corona”.

Como decimos la iconografía de Mitra es muy rica y nos ofrece la secuencia didáctica de su enseñanza cosmogónica e iniciática. Pese a leves diferencias doctrinales, existe una misma concepción del cosmos, unas imágenes idénticas entre las cofradías mitraicas esparcidas por doquier. Recordemos nuevamente que los misterios de Mitra, como los de Deméter, Atis y Cibeles, o los de Serapis y Asclepios, formaron parte del fermento gnóstico y filosófico vivido intensamente en todas las provincias del Imperio. Esto propiciaría la “transferencia” a los misterios de Mitra de origen persa de esos otros misterios herméticos y pitagórico-platónicos de cuño occidental, todo ellos relacionados con las ideas acerca de la estructura del cosmos y del mismo proceso iniciático.

En *El Antro de las Ninfas* Porfirio abunda en estas ideas, que se plasmarían en algunos relieves mitraicos de gran impacto visual, como podemos comprobar en algunas de las imágenes aquí seleccionadas. Un ejemplo de esas “transferencias” es el símbolo universalmente conocido de la copa o crátera, que sustituye a veces al toro en el rito de la Tauroctonía. Aunque a simple vista no lo parezca existe una identidad entre la crátera y el toro, pues ella no contiene otra cosa que la sangre misma del animal sacrificado, o sea purificada por el acto ritual de Mitra.

Porfirio menciona a las cráteras y ánforas de piedra que se encuentran en la gruta de las ninfas, y dice que ellas no contienen agua sino miel, un símbolo relacionado con el fuego purificador y un verdadero alimento de inmortalidad. “Alimento de los dioses” llama Porfirio a la miel, que juega un papel importante en grados avanzados de la iniciación mitraica y de los que más adelante hablaremos. Todas las representaciones iconográficas describen en realidad momentos decisivos del rito iniciático, que recordemos “dramatiza” la energía del mito al ser vivenciada por el adepto. Y todo esto, repetimos, aparece plasmado en la iconografía, actuan-

do esta a modo de “ayuda-memoria”, que es la función de los “cuadros de Logia” en la Masonería. En realidad este es el cometido de todos los símbolos tradicionales: la de hacernos “recordar” nuestro origen e identidad verdadera.

En este sentido, volvemos a reiterar que el símbolo, como el mito y el rito sagrado, se puede interpretar a distintos niveles de lectura, que se interrelacionan entre sí pues todo símbolo constituye la síntesis de una idea que al desplegarse para comprenderla manifiesta sus distintos significados, todos ellos concordantes. Por ejemplo, el símbolo del Mitra Tauróctono tiene un indudable componente “alquímico” que se complementa con su lectura cosmogónica, pues las etapas del proceso de transmutación interior y el proceso cosmogónico son análogos entre sí. De ahí la necesidad de un modelo cósmico que exprese dicho proceso de manera didáctica, de tal forma que su comprensión gradual desemboque en el Conocimiento. La iniciación es arquetípica y el hombre siempre ha tenido esa necesidad: la de conocerse a sí mismo, que no es otro que el Sí Mismo; de ahí que la estructura que conforman los códigos simbólicos, los ritos y los mitos iniciáticos de todas las culturas tradicionales no sea otra cosa en realidad que el “vehículo” que nos guía en dicho proceso de universalización de la conciencia.

La creación del mundo se narra en muchas tradiciones como un sacrificio de la potencia del Dios, que es aquella parte substancial, o “femenina”, de su naturaleza donde se encuentran todas las posibilidades que darán lugar al mundo manifestado. El toro simboliza esa potencia en los misterios de Mitra, y la Tauroctonía representa en todo su dramatismo esa acción cosmogónica. El mundo es creado a partir de la sangre derramada por el toro primigenio, que es la naturaleza y la vida misma manifestándose en toda su plenitud. Y en ese sacrificio ha de intervenir necesariamente un dios que, como Mitra, es portador de la “llama irradiante” del Espíri-

tu, la cual penetra en el cuerpo del toro (como penetra la luz solar en el interior de la tierra, en su matriz), vivificando y dando nacimiento a todo lo creado.

Pero, además, la sangre del toro es también la que “salva” y “libera”, ya que ella ha recibido durante el sacrificio el influjo espiritual del propio dios, como señalamos anteriormente. Al igual que la miel, o el vino en los misterios dionisiacos, la sangre es “fuente de vida” y “brebaje de inmortalidad”. Ambas están vinculadas con el “fuego que no quema” de la Alquimia, que es el principio ígneo y espiritual del Intelecto divino que habita en el centro de todo ser, y que la iniciación a los misterios “despierta”. Recordemos que todas estas escenas, con su rica iconografía, suceden dentro del Mitreo (representación del cosmos), a la entrada del cual hay dos personajes con antorchas en las manos que se encuentran a uno y otro lado de la escena de la Tauroctonía. Hablamos de Cautes y Cautopates, los *dadóforos* o “portadores de la antorcha”.

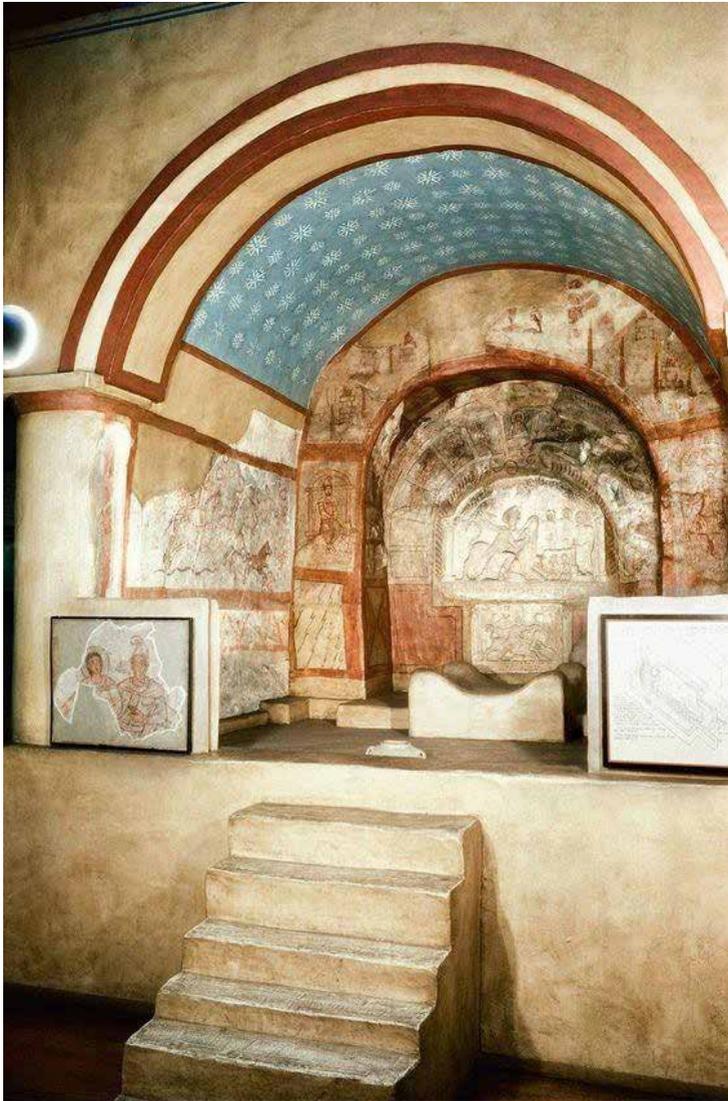
Son aspectos del propio Mitra, y ya Dionisio Areopagita hablaba en sus *Epístolas* de un “triple Mitra” (es decir del propio Mitra y de sus dos dadóforos), cuyos memoriales eran celebrados por los Magos persas. Estamos, pues, ante un símbolo que alude a los misterios del fuego y a la triple naturaleza del mismo: corporal, anímica y espiritual. Este triple Mitra está representado a veces por tres cabezas que salen de las ramas de un árbol.

Cautes señala con su antorcha el solsticio de Invierno, mientras que Cautopates señala el solsticio de Verano. La simbólica de los solsticios, así como la de los equinoccios, se plasma de manera clara en los misterios de Mitra, deidad que recordemos “nace” el 25 de diciembre, en el comienzo del solsticio de invierno, cuando el Sol ha vencido a las tinieblas, el “Sol Invicto”. Los pitagóricos denominaban al solsticio de verano la “puerta de los hombres” y al solsticio de invierno la “puerta de los dioses”. La tradición hindú también

habla de la “puerta de los antepasados” y de la “puerta de los dioses”, y el significado es el mismo.

Por la “puerta de los hombres” el alma “desciende” a la “caverna cósmica”, y allí, mediante su iniciación a los misterios, ha de realizar el retorno a la morada celeste atravesando para ello la “puerta de los dioses”, accediendo a través de ella a la realidad supracósmica y metafísica. Por la puerta de los hombres el alma entra en la caverna cósmica y “encarna” en un estado determinado de la existencia, mientras que por la puerta de los dioses ella sale del cosmos, de la caverna cósmica, tras haber “disuelto” cualquier “forma”, cualquier estado condicionado, gracias al sutil fuego divino que la acompaña a lo largo de todo su viaje por la caverna, en su descenso y en su ascenso por el eje que une la tierra con el cielo.

Cuando en el ritual mitraico se habla de un “persistir de la potencia del alma en una pura pureza” se está aludiendo precisamente al ascenso del alma y a su gradual “transformación” por la atracción de una fuerza divina superior a cualquier otra cosa manifestada. Es la “apoteosis de Mitra”, simbolizada por el ascenso en el “carro solar”, que es uno de los ritos del 6º grado, el “Compañero del Sol” (ver más adelante). Mitra señala a su adepto el camino de aquellos que, según Porfirio, “suben a los dioses” olímpicos. Hacia la identificación con el Ser Universal, con el Sí Mismo Incondicionado.



Templo Mitráico de Dura Europos. Siria.



El Mitreo como caverna, o cripta, iniciática.
San Clemente de Letrán, Roma.



Cautes (izquierda) señala con su antorcha la capa de Mitra que tiene forma de bóveda celeste, y en donde se encuentra la “puerta de los dioses”. Por el contrario Cautopates (derecha) señala con su antorcha a la tierra, y por tanto al mundo “sublunar”, que es el destino de quienes entran por la “puerta de los hombres” para ingresar nuevamente en la “caverna cósmica”. Mitreo de Marino.



Mitra Tauróctono de Cabra. Actualmente en el Arqueológico de Córdoba.

IV

MITRA TAURÓCTONO

Dentro de los misterios iniciáticos de Mitra, relacionados con los símbolos, ritos y mitos de su cosmogonía, el Mitra Tauróctono constituye una parte esencial de los mismos. Para ilustrar lo que hemos de decir al respecto nos hemos desplazado hasta el Museo Arqueológico de Cabra, la anti-gua *Egabrum* romana. Aquí, en esta villa cordobesa situada a los pies de la cordillera sub-bética, se encontró hace unos años un Mitra Tauróctono que actualmente se halla en el Museo Arqueológico de Córdoba.

Debemos señalar que el Mitra Tauróctono de Cabra es el único que hasta el momento existe en toda la península ibérica, y esto la convierte en una pieza todavía más singular. En ella se representa la escena del “sacrificio del toro”, la Tauroctonía, el rito central de los misterios de Mitra, como ya sabemos. Hemos hablado del rito cosmogónico que representa en realidad la Tauroctonía, el sacrificio de la potencia del Dios que contiene la Creación entera, y que solo se desarrollará plenamente con ese sacrificio. Pero en este capítulo y en el siguiente vamos a tratar más específicamente de la iniciación, pero lo cual hay que conocer un poco este simbolismo y algunas de sus ideas nucleares.

El toro representa la energía vital, la fuerza de la vida en su despliegue exuberante e indomable. Para “domar” esa fuerza el mito nos presenta a Mitra “cabalgando al toro”. Cogiéndolo por sus cuernos ambos emprenden una carrera

frenética que los conducirá finalmente al interior de una caverna, que es el propio templo de Mitra, el Mitreo, donde el animal, agotado, cae rodillas en tierra, momento en que es sacrificado por el dios.

Mitra simboliza el arquetipo del iniciado a sus misterios, es su verdadero “yo” o “espíritu”, mientras que el toro constituye la energía que sostiene sus estados terrestres y psicofísicos, su individualidad. En el contexto de las prácticas del *tantra-yoga* se corresponde con la energía de la *kundalini*, mientras que en la alquimia hermética es equivalente al “dragón verde”, o al “mercurio volátil”, al que hay que “fijar” gracias a una potencia superior, que es el azufre, palabra que quiere decir “divino” y que equivaldría en este caso al dios Mitra.

Todo el proceso de “domar” al toro, de “fijar” su energía vital, constituye gran parte de la iniciación mitraica, cuyo fin es purificar dicha energía y transmutarla para que su potencia renovada contribuya a la regeneración espiritual y el nacimiento a los estados superiores, que están simbolizados en la Tauroctonía por las espigas de trigo que brotan de la sangre derramada por el toro sacrificado.

La “liberación” de esa sangre es comparada al “despertar” de la *kundalini* cuando “asciende verticalmente” por los distintos centros sutiles que se encuentran a lo largo de la columna vertebral (que son siete como los grados de la iniciación mitraica), en un proceso que podemos denominar de universalización de la individualidad humana. En este sentido, fijémonos que en el momento de sacrificar al toro Mitra alza su mirada al Sol, cara visible del numen de la luz.

¿Qué vendrían a significar entonces el escorpión, la serpiente y el perro que se abalanzan sobre el toro y beben de su sangre y muerden sus genitales, como es el caso del escorpión? Este “muerde” la fuente de esa energía vital, debilitándola. En este caso concreto, estas bestias simbolizan los es-

tados inferiores que no han sido purificados, o “domados”, y que al tomar contacto con esa energía la emponzoñan intentando impedir que el adepto pueda lograr su realización espiritual. Dichos animales, en estos aspectos inferiores de su simbolismo, son criaturas de Ahriman, el dios del inframundo.

Se trata de un momento muy delicado de los misterios sagrados, por eso mismo se destaca especialmente en el rito del Mitra Tauróctono, y explicaría también porqué su imagen presidía todo el rito de la iniciación. En realidad esta es la última prueba del iniciado mitraico, y la más difícil de superar.

La enseñanza creemos que es clara: la purificación de los estados inferiores ha de ser completa, pues es el ser humano en su integridad el que debe purificarse. De no ser así la energía sutil liberada por el sacrificio, por el “acto sagrado”, será absorbida por esos estados inferiores provocando una involución en el proceso de regeneración espiritual, e incluso abortarla para siempre.

Notas adicionales

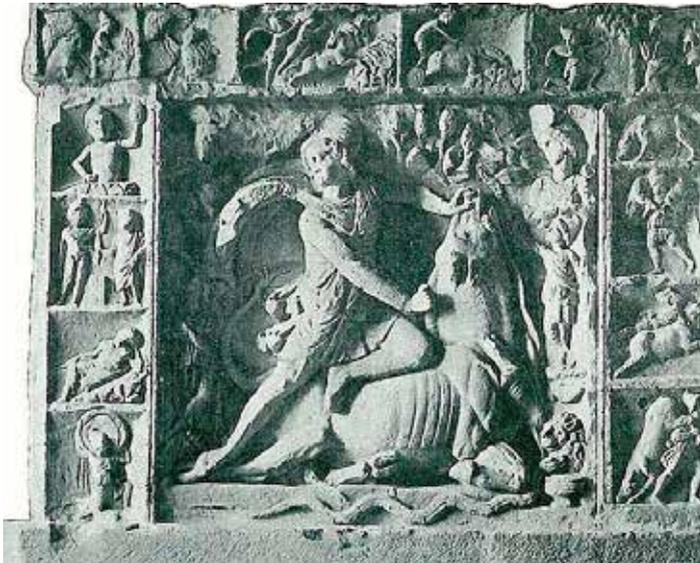
1. La acción ‘fijadora’ del azufre sobre el mercurio conlleva la transmutación de la psique del iniciado a los misterios mitraicos. Este es a la vez el toro (su estado humano individual) y Mitra (su estado suprahumano). De lo que resulta que el sacrificado y el sacrificador son dos aspectos jerarquizados del mismo personaje, que es el iniciado mismo.
2. Esos estados superiores están representados a veces por la bóveda celeste simbolizada en la parte interior de la capa de Mitra, resaltando así el origen uránico del dios.
3. De la columna vertebral del toro germina el trigo, el fruto de la regeneración espiritual, el ‘pan de vida’, o ‘alimento de inmortalidad’. Y de su sangre nace el vino (como en los

misterios dionisiacos), la bebida sagrada que simboliza el Conocimiento. Destacamos aquí las correspondencias con la Eucaristía cristiana.

4. Tras el sacrificio del toro, su carne es comida en un banquete ritual presidido por Mitra y el Sol, asistidos por dos personajes (Cautes y Cautopates) con gorros frigios, portando en sus manos sendas antorchas encendidas. A veces, además de la antorcha el personaje de la derecha, Cautopates, porta también el caduceo hermético, del que salen igualmente llamas o rayos luminosos.



Mitra Tauróctone rodeado por el Zodíaco y los “cuatro vientos”. Museo de Londres.



Distintas escenas de la simbólica mitraica. En la esquina izquierda de abajo aparece la imagen de Mitra sosteniendo la esfera del mundo, como Atlas. En la esquina derecha Mitra lleva sobre sus espaldas el toro (Mitra tauróforo) para celebrar el banquete ritual. Neuenheimer. Alemania.



Banquete ritual. Entre los participantes, podemos observar a Cautes y Cautopates, así como a los grados de Cuervo y de León.



El caduceo hermético en manos de Cautopates.



El cuervo, ave oracular y mensajera de Apolo-Helios, se comunica con Mitra durante la Tauroctonía.

V

LOS GRADOS DE LA INICIACIÓN

Todo lo que hemos dicho sobre Mitra y sus misterios en los cuatro videos anteriores está sintetizado en las enseñanzas contenidas en los grados iniciáticos. Siendo esto así debemos tratar específicamente de esos grados siguiendo la didáctica propia de estos temas, siempre vinculados con la transmisión de una Cosmogonía, su Conocimiento y su realización en el hombre, que abre la puerta a las realidades metafísicas y por tanto a la posibilidad de la regeneración espiritual.

El proceso cosmogónico reproduce las etapas del proceso iniciático o alquímico, pues de lo que se trata es de que el alma humana a través de ese conocimiento experimente su pasaje gradual de las “tinieblas a la luz”, expresión que encontramos en la Masonería y en todas las vías sapienciales, señalando de ese modo su viaje por los siete grados de la iniciación mitraica. Los ritos iniciáticos siempre eran celebrados en el Mitreo, sobre cuya pared del Oriente figuraba de manera destacada la escena de la Tauroctonía, recordándole al miste en todo momento el mito fundamental de los misterios de Mitra.

Estos siete grados, a la vez que describen la cosmogonía mitraica, son sobre todo estados de la conciencia, y se vinculan con los siete planetas, y por consiguiente con las deidades que los rigen. Sus nombres son los siguientes:

1º Cuervo (*Corax*), regido por Mercurio.

2º Oculto (*Cryphius*), o Novio (*Nymphus*), regido por Venus.

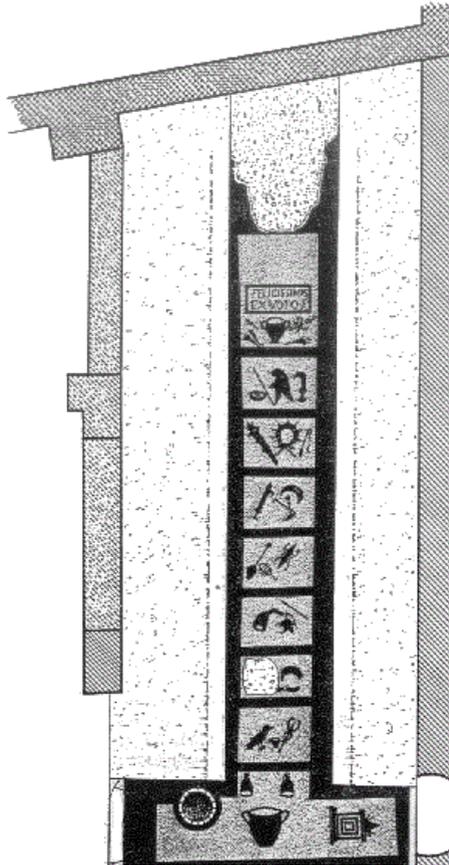
3º Soldado (*Miles*), regido por Marte.

4º León (*Leo*), regido por Júpiter.

5º Persa (*Perses*), regido por la Luna.

6º Corredor del Sol (*Heliodromus*), regido por el Sol.

7º Padre (*Pater*), regido por Saturno.



Esquema en sección vertical de los siete grados de la escala iniciática. Mitreo de Felicissimo. Ostia, Italia.

1º Cuervo (*Corax*)



El Cuervo, *Corax*, es el primer grado de la iniciación y está bajo la protección de Mercurio. El cuervo es el ave mensajera que comunica a Mitra la orden, dada por Apolo-Helios, de sacrificar al toro. Es también quien lleva los mensajes del *Pater* al resto de la comunidad mitraica. En este sentido, conviene recordar que entre los griegos el cuervo era un ave oracular consagrada a Apolo, el dios de la luz y la belleza. Ya Plutarco, en su obra sobre los Oráculos, afirmaba que el dios “se sirve de la voz de los cuervos para manifestar su voluntad”.

El aprendiz en los misterios de Mitra ha de familiarizarse no sólo con los símbolos visuales de su tradición, sino con las palabras y el lenguaje empleado durante el rito, ya que constituye una enseñanza fundamental de la instrucción iniciática. Al hilo de esto, recordaremos que para el poeta griego Píndaro, contemporáneo de Pitágoras y creador de tantas odas a Apolo, el cuervo posee 64 graznidos diferentes con los que comunicarse.

¿Imitaban los iniciados Cuervo ese mismo número de sonidos durante sus ceremonias iniciáticas? Es probable, pero en cualquier caso se trata de un número que remite a todas las combinaciones posibles del sonido, conformando una estructura sonora que bien podría haber sido traducida a un lenguaje simbólico, y por tanto significativo, sirviendo de

comunicación entre los iniciados en los misterios de Mitra. Estamos hablando de lo que en otras tradiciones se denomina precisamente el “lenguaje de los pájaros”, o la “lengua de oc”, que no es otra que el lenguaje de los símbolos y la interpretación de su significado. Esa función intermediaria del cuervo refuerza aún más sus vínculos con Mercurio, el mensajero de los dioses, cuyo principal atributo, el caduceo, está entre los símbolos de este grado, al igual que la cratera o copa, destinada a recoger la sangre del toro sacrificado. Sangre que consagrada por el rito, se convierte en fuente de vida o “brebaje de inmortalidad”. Es evidente aquí la asociación con la copa del Grial, donde también es recogida la sangre de Cristo tras su sacrificio. La cratera es el hombre mismo, un recipiente que espera ser colmado por el Conocimiento.

Relata el mito que el cuervo no era originalmente negro sino blanco. Fue como consecuencia de un castigo de Apolo por desobedecer una orden suya que el cuervo adquirió el color negro, el cual se asocia con la “muerte iniciática”. Se revela así otro aspecto del simbolismo del cuervo, que mantuvo sus facultades oraculares, pero a partir de entonces sólo podía anunciar “las muertes importantes”. Y no cabe duda que la “muerte iniciática” es importante, pues ella implica la posibilidad de un “nuevo nacimiento”. La muerte iniciática es una muerte que anuncia en realidad una “vida nueva”. En la Alquimia el “cuervo negro” se vincula con la “nigredo”, con el “negro más negro que el negro”, que es el estado de “mortificación” en que se encuentra el iniciado en este primer grado mitraico. El mistic ha “de morir” a su estado anterior, que es el estado profano, para nacer iluminado interiormente por la luz de Mitra.

Ya hemos señalado en distintas oportunidades la equivalencia que existe entre determinados símbolos del Mitraísmo con los de la Alquimia. Esto es lo que sugiere, efectivamente, el caduceo entre los símbolos del primer grado, que podemos

considerar un grado hermético y alquímico. En este sentido, tampoco podemos olvidarnos del papel de guía psicopompo desempeñado por Mercurio, durante ese período de “transición” entre la “muerte iniciática” y el “nuevo nacimiento”. Seguramente esa era también la guía que recibía el iniciado Cuervo durante su propio proceso de transición.⁶



Mercurio. Mitreo de Ostia.



La “Nigredo” alquímica

⁶ Por otro lado, entre Mitra y Mercurio hay muchos puntos en común: ambos son dioses intermediarios, y ambos son también deidades civilizadoras. La siguiente inscripción hallada en un Mitreo de centro Europa alude sin duda alguna a esa identificación: *D(eo) I(nvicto) M(itthrae) Mercuri[o]*. “Dios Invicto Mitra Mercurio”.



La cratera como “brebaje de inmortalidad”, de la que bebe el ave celeste y la serpiente telúrica.

*

2º Oculito (*Cryphius*)



En este 2º grado el neófito vive en un estado de “ocultamiento”, de ahí el nombre que recibe. Esto se representaba mediante un cierto aislamiento del miste de la comunidad mitraica, “apareciendo” tan solo en determinados momentos del ritual. Está claro que ese “ocultamiento” indica que

todavía está sumergido en las tinieblas, pero que éstas, lejos de tener un sentido negativo, indican más bien el estado de receptividad y de concentración necesarias para recibir toda la potencia de la “iluminación” de Mitra tras la “mortificación” del grado anterior, el Cuervo.

Dicha iluminación está figurada en la lucerna que aparece entre los atributos principales de este grado. El “Oculto”, siempre que “aparece” lo hace con una lucerna encendida entre las manos, y también con un velo amarillo que le “oculta” el rostro. “Mostrar a los Ocultos” es una expresión ritual que indicaba el momento en que a estos se les retiraba el velo, para “recibir” la “luz” iniciática, o la influencia espiritual de esta tradición.

Se empleaba también la siguiente fórmula, recogida por el neoplatónico cristiano Fírmico Materno: “¡Novio, salud, novio, salud nueva luz!”. Es por eso que este grado recibía también el nombre de *Nymphus* (Novio), lo que abunda todavía más en la idea de “receptividad”, es decir de la potenciación de la energía femenina para “recibir” efectivamente la luz intelectual de Mitra. El iniciado es el “novio” del dios, es decir de un poder espiritual superior a su simple individualidad, y al cual ha de hacerse totalmente “receptivo” si quiere recibir esa potencia iluminadora en su alma. Se trata claramente de un acto hierogámico, de un “casamiento” o “compromiso” con el dios.

El velo es en este sentido un “velo nupcial”, y se entiende que el 2º grado esté bajo la influencia de Venus, la diosa que preside las “uniones” íntimas en el proceso de conocimiento. En la vía iniciática se trata siempre de una “receptividad activa”. No la “pasividad” propia de la devoción religiosa o “mística”, sino de una voluntad movida por el amor a *conocer*, y a *ser*. El “novicio” se ha preparado internamente para entregarse a la iniciación propia del guerrero de Mitra, el “dios puro de la luz”.



Venus. Mitreo de Ostia.



Las “nupcias” entre Psique y Amor, quien porta una antorcha al igual que Mitra. Imagen relacionada con el 2º grado. Mitreo de Capua.

3º Soldado (*Miles*)



Nos centraremos ahora en el simbolismo del 3º grado mitraico. Este viene precedido de un bautismo de agua y de la imposición de un “signo”, lo cual recuerda evidentemente al bautismo cristiano. En realidad, ambos bautismos aluden a las mismas ideas de regeneración.

Los atributos del Soldado son la lanza y el casco, además del petate o *sarcina*, como corresponde a un guerrero que tiene al dios Marte como protector y guía en ese momento de su realización. Con la entrada en este grado, el iniciado mitraico “confirmaba” su integración plena en su cofradía. Purificado psíquicamente por el bautismo de agua, y tras su “pasaje” por el 1º y el 2º grado, el iniciado se consagraba enteramente a Mitra, pasando a formar parte de su “santa milicia”, que así es como se denominaba también a los miembros de la cofradía Mitraica, una expresión que encontramos en el Hermetismo Cristiano y en las órdenes de caballería a él vinculadas. En este grado se resaltan precisamente las virtudes inherentes al guerrero, entre ellas la “solidaridad” y el “auxilio” para con sus hermanos en la batalla.

El Soldado es enemigo de todo cuanto es adverso o contrario al Espíritu. Él es un guerrero de Mitra y por tanto portador de una luz que combate contra las potencias de la os-

curidad y del caos. La energía de Marte le aporta ese ánimo de lucha y de victoria, que en el orden iniciático es indisoluble de una determinación firme en separar lo profano de lo sagrado, lo espeso de lo sutil.



Marte. Mitreo de Ostia.



Rito del 3º grado mitraico

“Mitra es mi corona” es la respuesta que el Soldado da a su iniciador en un momento del rito cuando este le ofrece

con la punta de la espada una corona “visible”, “externa”. Es el momento culminante de la iniciación a este grado. La expresión “Mitra es mi corona” evidencia esa firme determinación, y el “compromiso” íntimo con el dios, señalando también que los “frutos” de su acción guerrera externa serán puramente interiores y contribuirán a su propia realización interna, a su transmutación psicológica y espiritual. Él recibe el “espíritu de victoria” inherente a una tradición “solar”, luminosa, cuya energía el *Miles* invoca constantemente. El espíritu de Mitra siempre será su guía y compañero.

*

4º León (*Leo*)



El 4º grado de la Iniciación mitraica es el único que, con el Cuervo, lleva el nombre de un animal, en este caso el León, *Leo*. Tiene como planeta tutelar a Júpiter, uno de cuyos símbolos más representativos, el haz de rayos, está entre la iconografía de este 4º grado, junto con el sistro y el atizador de fuego. Ya no es la energía guerrera de Marte la que invoca el miste, sino la de Júpiter, identificado entre los persas con Ahura-Mazda. Júpiter simboliza el espíritu magnánimo y constructivo. Es también el dios que se manifiesta por el

trueno, ligado al rayo, a la luz. En Júpiter, el padre de los dioses, se “sublima” la energía guerrera de Marte.

El “fuego” combativo del grado anterior, el Soldado, se ha hecho más sutil en el León. El ardor del guerrero se ha transmutado en un amor más intenso por el Conocimiento. El iniciado se predispone interiormente para hacerse merecedor de los misterios de Mitra. Ha de seguir su camino axial persistiendo en la “pura pureza”, que es una fórmula ritual que hace referencia a un “compromiso” aún mayor y más consciente con el dios del fuego y de la luz del Espíritu. Leemos en un texto mágico-teúrgico denominado *La Liturgia Mitraica*:

Señor, tú que has cerrado con tu espíritu las ígneas cerraduras del cinturón de cuatro vueltas sinuosas [el cinturón zodiacal], tú que caminas con el fuego, creador de la luz, tú que respiras fuego, estímulo de fuego, Iao [un nombre de Dios], tú que iluminas el espíritu, que te alegras con el fuego, luz bellísima, cuyo cuerpo es luz, dador de luz, simiente de la luz: tú que te mueves en el fuego, poderoso por la luz, torbellino de fuego, que agitas la luz; tú que agitas el rayo, forma de la luz, que incrementas la luz; tú que mantienes la luz con el fuego, domador de las estrellas: revélame a mí, porque te invoca a causa de la apremiante, dura e inexorable necesidad, los nombres que nunca tienen cabida en naturaleza mortal ni son expresados de forma articulada por lengua humana ni por mortal sonido ni por voz mortal, los nombres gloriosos que viven eternamente....

Cuando hayas pronunciado estas fórmulas, oirás el trueno y el fragor que te rodea. Y del mismo modo te notarás turbado a ti mismo. Tú repite nueva-

mente: 'Silencio'; después, abre los ojos y verás las puertas, y verás las puertas abiertas y el mundo de los dioses [el Cielo Empíreo] que está al otro lado de las puertas, de manera que por el placer de la contemplación y por el gozo, tu espíritu correrá concorde y se elevará. Así pues, ponte en pie y al momento atrae hacia ti el espíritu de la divinidad sin parpadear.⁷

Si en el grado anterior se bautiza con agua, en este se bautiza con fuego, elemento que define en gran parte la naturaleza del León mitraico. Se dice que durante los ritos del 4º había un momento en que los celebrantes exhalaban fuego por la boca, imitando así la acción creadora y purificadora de Júpiter, el Dios del rayo y del trueno, lo cual abunda en esta idea de fecundación por la palabra. Para la enseñanza mitraica esto es lo que significa el aliento fogoso de los iniciados Leones. El "rugir" del león se asocia con la "rotundez de la transmisión de la doctrina", en palabras de Federico González (*Diccionario de Símbolos y Temas Misteriosos*).

Se trata por tanto de un fuego sutil, que no quema exteriormente, y de un "rugir" que resuena como un trueno en nuestro interior, un trueno precedido por un "rayo" que "fecunda" y "despierta" a otras posibilidades superiores de uno mismo. El atizador, que constituye uno de los símbolos de este grado, es precisamente el instrumento que "aviva" el fuego, un fuego que sin duda alguna se constituye en un símbolo de ese otro fuego que trae en su esencia la luz espiritual que transforma la naturaleza humana, como el polen y el néctar, que son la esencia de las flores, se transforman en miel gracias a la labor de las abejas, nombre que recibían los

⁷ El nombre exacto de este texto mágico-teúrgico es el siguiente: *Ritual Mitraico del Gran Papiro Mágico de París*, también llamado *Apathanatismos*.

iniciados a los misterios en diferentes tradiciones, y seguramente también entre los mitraicos.

La miel, el “fuego líquido”, es la obra del Sol y un “alimento de inmortalidad” (el *haoma* persa-iranio), y desempeña también un papel destacado en el grado del León, como en el grado siguiente, el Persa. Es revelador comprobar, en este sentido, cómo la miel también está asociada a Júpiter, el cual en su infancia fue protegido y alimentado por la miel de la ninfa Melita, o Melisa, que significa tanto miel como abeja. El “alimento de inmortalidad”, que es la propia encarnación de la doctrina revelada por los “misterios”, se identifica con quien lo “ingiere” y “asimila”. Porfirio menciona la importancia de la miel entre los “leónticos” mitraicos:

se vierte miel en lugar de agua en las manos de los iniciados para purificarse (...) se les ordena que mantengan las manos limpias de todo lo que pueda causar pena, daño o mancha, y al ser el fuego purificador, ofrecen lustraciones especiales, como corresponde a un iniciado (...) También le purifican con miel la lengua de todo pecado. (*El Antro de las Ninfas*, 15).

El Leontocéfalo (el dios con cabeza de león y cuerpo de hombre), está naturalmente vinculado a este grado. Podría hablarse de un “culto” en el interior de dicho grado en torno a esta deidad y dirigido por un *pater leonum*, el equivalente al *pater* de toda la cofradía o logia mitraica. A este respecto la rica iconografía, y epigrafía, del leontocéfalo nos instruye sobre la naturaleza de los misterios que se transmitían en este grado.

Por ejemplo, la imagen de esta entidad con el atizador de fuego, o bien con el cetro y las llaves que abren, o cierran, las puertas a los misterios sagrados. En ocasiones el Leontocéfalo aparece apoyando sus pies sobre un globo del universo,

del cual parece emerger la serpiente que rodea su cuerpo en espiral, o más exactamente la mitad de ese cuerpo, es decir la parte “inferior” del mismo, simbolizando dicha espiral el tiempo cíclico que muere y renace a perpetuidad. De ahí que esta figura también sea una representación del *Aión*, el Tiempo indefinido.

El Leontocéfalo es pues el símbolo de un poder cósmico “doble”, pues así como señala esa perpetuidad temporal a través de las espiras de la serpiente, es decir el “movimiento” del acto creacional (representado por el movimiento sonoro y rítmico del sistro, uno de los símbolos de este grado), igualmente, con sus llaves abre la puerta hacia la “liberación” de ese movimiento continuo y perpetuo. Las alas que el Leontocéfalo lleva en sus espaldas refuerzan esta idea: la posibilidad de “salir” y “escapar” de ese encadenamiento temporal (simbolizado por las espiras de la serpiente) y conocer así otros estados no condicionados del Ser Universal.



Símbolos gnósticos del Demiurgo como Leontocéfalo.



Ritos del leontocéfalo



Júpiter con su haz de rayos. Museo de Ostia.



Leontocéfalo como el dios *Aion*, el “tiempo sin fin”. El de la izquierda es un grabado de la Casa de Cayo Valerio. Ostia. Italia.

5º Persa (*Perses*)



El 5º grado debe su nombre a la civilización en la que la tradición mitraica tiene sus orígenes: Persia. Los atributos simbólicos del Persa son el creciente lunar con estrella, el arado y la daga. La miel también se emplea en este grado como un elemento de “purificación”, si bien el vínculo del Persa con este alimento se centra más en el aspecto “conservador” del mismo. La miel nunca se corrompe, como no se corrompe la Sabiduría Perenne (de la que la miel es un símbolo). La Sabiduría contiene dentro de sí la luz del Espíritu, como la miel contiene, y es la obra, de la luz del Sol.

Ese aspecto conservador en el doble sentido de “mantener” y de “proteger” es justamente una de las funciones del Persa, que es designado como el “guardián de los frutos”, es decir de las esencias de la tradición a la que custodia y conserva. Es muy probable, en este sentido, que la designación del nombre de Persa para el 5º grado fuera una manera de mantener un vínculo doctrinal con la misma tradición mazdea, que traía consigo nada menos que la ciencia sagrada y astral de los sacerdotes y astrólogos Caldeos.

Con el arado se ha trabajado la tierra (el alma), y sembrado las semillas (o ideas) que darán sus frutos (la Gnosis, el Conocimiento) con el tiempo, que es un “auxiliar, por así decir,

del adepto. Los frutos evocan un huerto o un jardín, que en el contexto iniciático no es otro que el Jardín del Edén, el *Hortus conclusus*, el Paraíso terrestre, que Dante, recogiendo las enseñanzas del esoterismo cristiano, sitúa en la cima del Purgatorio. Paraíso procede de *Paradesha*, palabra indo-iranía que quiere decir justamente “Comarca Suprema”, un “lugar elevado” con respecto a la superficie “horizontal” de la Tierra.

El Paraíso terrestre se corresponde con el cielo de la Luna, que es el planeta que rige en este grado, y que aquí es considerado como el “lugar” donde las almas en vías de liberación disuelven las formas e imágenes psíquicas que hasta ese momento constituían su individualidad, o sea se “desnudan” y “despojan” de los metales impuros para ir revistiéndose en su viaje ascendente de las “túnicas de luz” o “virtudes” de los distintos cielos planetarios. Dichas virtudes no son entonces estados psíquicos -ya superados en otro ciclo de la iniciación a los misterios sino la expresión de auténticos estados espirituales.

En ciertas tradiciones se dice que es en la Luna donde se vuelve a encontrar todo lo que se ha perdido en el mundo terrestre, o hemos “olvidado”, pues esa pérdida es precisamente la de la memoria o “recuerdo” de los orígenes primordiales, una “memoria” que está en la misma raíz *Men* que designa al hombre en diversas lenguas. *Men* es además el nombre del dios de la Luna en caldeo. También está en la raíz de *Manu*, que en la tradición hindú es un aspecto de la Inteligencia cósmica en relación con el “mundo del hombre”, *manava loka*.

La Luna es considerada la “morada de los antepasados”, de aquellos que precisamente conservan la memoria del verdadero linaje espiritual del género humano. No olvidemos, y nunca mejor dicho, que la Luna (como la *sefirah* “Yesod” de la Cábala hebrea) es el planeta que está vinculado con la memoria, en la que se incluye el mito como un componente fundamental de lo que el hombre “recuerda” de sí mismo.

En su sentido más elevado, recordar es “reconocer” el propio linaje espiritual, la pertenencia a la “cadena áurea” del Conocimiento y la Sabiduría Perenne.

El iniciado en este grado ha recuperado la memoria del “origen” y se ha revestido con la luz de la Inteligencia; por eso es el “guardián de los frutos”, sembrados en el Paraíso, en la “tierra celeste”, o “tierra del éter”, que es como se denominaba también a la Luna entre los pitagóricos. Hablando en términos alquímicos, si el primer grado, el Cuervo, es la “obra al negro”, el quinto grado, el Persa, se correspondería con la “obra al blanco”, es decir con el “fruto” de todo el proceso de regeneración psicológica que ha conducido al “nuevo nacimiento”, a la palingenesia.

El iniciado de Mitra continúa con su viaje y este toma una dirección claramente axial en dirección al Sol espiritual, que está representado precisamente por la estrella que aparece junto a la Luna entre los símbolos de este grado, conformando así un todo, cuya didáctica se despliega en el siguiente grado.



Mitra naciendo de un árbol, símbolo del Eje.



Escena de un bautismo de miel, rito del 5º grado mitraico.

*

6º Corredor del Sol (*Heliodromus*)



El 6º grado de la iniciación de Mitra también es denominado “Compañero del Sol”, es decir aquel que lo “acompaña” en su recorrido celeste, y que por tanto “comparte” con él esa aventura que los conduce hacia la región Polar, lo cual nos sitúa, ya de entrada, en el contexto y en la índole de las ideas que se transmiten en este grado: todas ellas están relacionadas con la generación espiritual a partir de las semillas del Sol metafísico depositadas en el intelecto.

El Corredor del Sol lleva una capa de color rojo, que es el de la sangre, que aquí ya no es el vehículo de la “vida natural”, sino de algo más sutil que tiene que ver con una *intensificación* de la experiencia interior. La sangre como portadora no de la “carne, sino del espíritu”. En el mito, esa *intensificación* está representada por la lucha entre Mitra y Helios, la cual termina con la victoria del primero, quien se reviste de la pureza de su fuego, es decir de su fuerza creadora y bienhechora. La victoria era una diosa entre muchos pueblos y era ella la que coronaba a los héroes solares. Podemos leer nuevamente en *La Liturgia Mitraica* las siguientes palabras que sin duda evocan este momento del rito, centrado en la transmisión-recepción de una influencia espiritual:

Entonces, cuando tu alma haya vuelto en sí, di: ‘Ven Señor (...)’. Cuando hayas pronunciado estas palabras, se dirigirán a ti los rayos; mira el centro de ellos. Cuando lo hayas hecho, verás a un dios más joven, de hermoso aspecto e ígnea cabellera, envuelto en blanco manto con clámide escarlata y corona de fuego. Al instante saludalo con el saludo del fuego: ‘Señor, te saludo, fuerza grande, de gran poder, el mayor entre los dioses, Helios, señor del cielo y de la tierra, dios de dioses; poderoso es tu aliento, poderosa es tu fuerza, señor. Si te parece bien, anúnciame al dios supremo, al que te engendró e hizo.

El estado en que se encuentra el “Compañero del Sol” es de “entusiasmo”, de una “exaltación” de su espíritu que se concreta en ese “anúnciame al dios supremo”, que es en realidad el anuncio de la “revelación” de un Misterio, del Misterio.

Señor, ahora que he renacido me muero; ahora que



El "carro solar".



Apoteosis, o "deificación" de Mitra.

he crecido y he sido fortalecido, termino mi vida; ahora que he nacido de un principio generador de vida [de la 'luz espermática' del Sol], me dirijo hacia la muerte liberado, como tu creaste, legislaste y formaste el Misterio.

Esa exaltación conduce a la "apoteosis", a la "divinización". Es la que se representa en la imagen que hemos seleccionado, donde podemos observar al Corredor del Sol junto a Helios subidos en la cuadriga solar. Van acompañados por el caduceo de Mercurio, superando la "esfera" de las "aguas cósmicas" simbolizadas por el dios Neptuno y la ninfa que está junto a él. La dirección de la cuadriga es axial y se dirige hacia la "puerta estrecha", aquella que solo los dioses y los héroes olímpicos pueden atravesar. Leemos por último en *La Liturgia Mitraica*:

Quando conteste, te verás liberado de tu alma y no estarás en ti mismo. Te comunicará el oráculo por medio de versos, y después de manifestártelos, se marchará. Por tu parte, permanece mudo: pues lo entenderás todo por ti mismo y luego recordarás infaliblemente lo dicho por el gran dios, aunque el oráculo conste de innumerables versos.

7º Padre (*Pater*)



El séptimo y último grado de los misterios de Mitra lleva por nombre Padre, *Pater*. Ejerce efectivamente una función de 'paternidad espiritual' para toda la comunidad mitraica de la que él es el jefe, la "cabeza", el que posee por tanto la *auctoritas*, en el sentido de autoridad espiritual o sacerdotal, lo cual implica la superación de la *virtus* simplemente guerrera. El Padre se ha identificado plenamente con Mitra. Su túnica roja con ribetes amarillos y abrigo púrpura es precisamente el color de la capa que Mitra lleva en varios momentos de sus gestas civilizadoras y demiúrgicas, como la Tauroctonía, el rito central de la iniciación mitraica como hemos señalado en diversas ocasiones. Es el color reservado al rey-sacerdote.

Esta es la razón de ser de este grado: la de ritualizar esa identidad, o comunión, entre el iniciado y la Deidad. En este sentido, el "banquete" que sella la solidaridad entre Mitra y Helios y que supone la culminación del grado anterior, el "Compañero del Sol", prefigura la "comunión" del *Pater* con Mitra. La unión de la naturaleza humana con la naturaleza divina son las verdaderas "nupcias alquímicas" del alma con el Espíritu.

El *Pater* culmina la iniciación mitraica, y siguiendo la analogía con el proceso alquímico, en él se realiza la "obra al

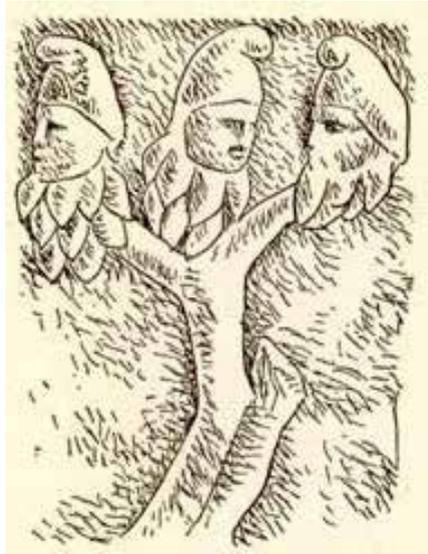
rojo”, o sea la efectivización de la “apoteosis”. Por otro lado, el color rojo nos recuerda el púrpura de su capa. La “obra al rojo” viene después de la “obra al blanco” llevada a cabo en los dos grados anteriores, el Persa y el Compañero del Sol. Como señalamos, en este último la purificación se lleva a cabo con la intensidad del “blanco luminoso e irradiante” del Sol, que es el origen del blanco lunar que caracteriza al quinto grado, el Persa. La “transformación” del blanco al rojo se lleva a cabo por la acción del “fuego interior” del azufre, el agente divino contenido en el centro o corazón del atamor humano.

Tengamos en cuenta, además, que el planeta regente del séptimo grado no es otro que Saturno, el dios de la Edad de Oro, también llamado el Antiguo de los Días, o Ancestro primordial de la humanidad. Saturno es tanto el Padre de los dioses como el Padre de los hombres que vivieron en la Edad de Oro, así llamada porque la humanidad que vivía en ella era tan incorruptible como el oro, el cual representa en la alquimia la “perfección” metálica. Esa Edad mítica, sin tiempo, y por lo tanto siempre presente, se asocia con la idea de “plenitud” y de unión con el Principio, un estado

“donde no hay ya un aquí, ni un no-aquí, que es calma e iluminación y soledad como en un océano infinito”.

Los símbolos que se vinculan con este grado son la hoz arbórea (herramienta asociada con Saturno), la vara del guía que enseña la doctrina de Mitra, el anillo de la autoridad espiritual y el gorro frigio, destacando esa identificación con el propio Mitra, el dios de la Luz invencible.

*



“Triple Mitra” como las tres ramas del Árbol del Conocimiento. Es un símbolo de las tres formas del Amor del Padre, el más alto grado en los Misterios de Mitra.



El Sol rinde tributo a Mitra.
Obsérvese el manto púrpura de Mitra, propio del Pater.

BIBLIOGRAFÍA

FEDERICO GONZÁLEZ: *El Simbolismo de la Rueda*. Kier, 2003;

Simbolismo y Arte. Symbolos, 1998.

FEDERICO GONZÁLEZ y Colaboradores: *Introducción a la Ciencia Sagrada*. Programa Agartha. Symbolos Nº 25-26, 2003.

RENÉ GUÉNON: *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*. Eudeba, 1976; *El Esoterismo de Dante*. Dédalo, 1976; *El Rey del Mundo*. Ed. Fidelidad, 1985.

PORFIRIO: *El Antro de las Ninfas*. Varias ediciones.

JULIUS ÉVOLA: "La Voie de la Realisation du Soi selon les Mysteres de Mithra", en *Symboles et Mythes de la Tradition Occidentale*. Arché Milano, París 1980.

MIRCEA ELÍADE: *Historia de las Ideas y las Creencias Religiosas*. Paidós, 1999.

FRANZ CUMONT: *Las Religiones Orientales y el Paganismo Romano*. Akal, 1987.

ALFRED LOISY: *Los Misterios Paganos y el Misterio Cristiano*. Paidós, 1990.

JAIME ALVAR: *Los Misterios. Religiones "Orientales" en el Imperio Romano*. Crítica, 2001.

Lista de reproducción en Youtube de los 11 vídeos:

"Los Misterios de Mitra. Símbolos y Ritos de su Cosmogonía".



LA MEMORIA DE CALÍOPE

Canal de Youtube

Blog

Septiembre 2018